

Evangelización en la frontera de la sociedad

XABIER PIKAZA

I. PLANO DEL VER. EL CAMINO ECLESIAL.

La iglesia en general, pero especialmente la española, ha sufrido en los últimos 25 años el impacto de eso que pudiéramos llamar el *encuentro con las marginaciones sociales*. Cuatro son, a mi entender, los momentos principales de ese encuentro, que precisaremos brevemente en lo que sigue.

1. *Marginación social en América Latina.*

Significativamente, los católicos (quizá mejor, los teólogos) españoles han descubierto la problemática social de América Latina antes de haberse fijado en la propia. La iglesia de América Latina, que hasta hace poco tiempo parecía una iglesia de segundo rango, ha venido a convertirse en una especie de *laboratorio de esperanza y vida cristiana*. En este nuevo descubrimiento de América han influido de manera especial muchos «misioneros» españoles que han dedicado lo mejor de su vida al trabajo en aquel continente, en la segunda mitad de este siglo. Ellos han influido nuevamente en España, donde han aportado su gran experiencia cristiana y social.

La iglesia de América Latina, a partir del Vaticano II y sobre todo desde la conferencia de Medellín en 1968, ha descubierto que la marginación social puede resultar y resulta anticristiana: está dictada y promovida por principios que se oponen al mensaje de Jesús y a la dignidad del hombre. Por eso, muchos cristianos de aquel continente han empezado a oponerse, de forma programada, contra los poderes económico-sociales que dirigen su vida des-

de el Occidente rico y contra las mismas oligarquías locales que se aprovechan de la situación reinante, valiéndose a veces del mismo evangelio. Ellos descubren que *cristianismo significa liberación*: a partir del mismo evangelio hay que cambiar las estructuras injustas de una sociedad clasista.

Esta ha sido la primera vez que un continente masivamente cristiano asume, al menos en principio, los ideales de una revolución social. Son los ideales que habían triunfado de forma no cristiana (externamente contraria al evangelio) en los países marxistas. Pues bien, ahora millones de cristianos de América han descubierto el potencial liberador del evangelio y quieren aplicarlo en un continente lleno de desigualdades y problemas económico-sociales.

Este descubrimiento cristiano ha sido recogido con *entusiasmo* por muchos, con *reticencia* por algunos y con claro *rechazo* por otros dentro de la misma iglesia española. El hecho de que una iglesia asuma como propia la causa de los pobres y lo haga con métodos de análisis social que no agradan a las oligarquías del poder ha suscitado evidentemente muchas resistencias.

2. Marginación social en el primer mundo.

La misma situación y teología de América Latina nos ha ayudado a descubrir «bolsas» de marginación, pobreza y destrucción humana dentro de los mismos países industrializados, entre los cuales empieza a encontrarse ahora España. De esa forma hemos encontrado dentro de nuestros países situaciones de conflicto e injusticia que el Papa Juan Pablo II llama «cuarto mundo» (*Solicitud Rei Socialis*, 24, nota 31).

El proceso de industrialización y la marcha económica se ha venido realizando de tal forma que no sólo aumentan las divisiones ya tradicionales (este y oeste, norte y sur, primero y tercer mundo), sino que surgen otras divisiones interiores, en la línea de eso que llamamos *cuarto mundo*.

Podemos hablar de un *cuarto mundo de los parados*. El mismo desarrollo económico, que ha elevado el sentido del trabajo, nos ha llevado a una situación en que muchos ya no encuentran posibilidad de insertarse dentro del proceso productivo. La máquina económico-social no los necesita, les arroja al margen del gran cauce de la producción y del consumo. Por eso tienen que vivir como expulsados o parásitos dentro de una sociedad donde sobra la riqueza. Evidentemente, ellos encuentran gran dificultad para creer y compartir los principios de la comunión cristiana (simbolizada por una iglesia muy oficializada) dentro de una sociedad que los expulsa y los margina.

Está el *cuarto mundo de los que no tienen educación técnica suficiente*. El mismo desarrollo técnico exige un tipo de educación que capacite al hombre para insertarse en la «marcha» de la producción y del consumo. Los que no alcanzan a obtener esa educación, los menos agresivos, los más pacíficos y débiles... quedan al margen del proceso social. Las virtudes cristianas tradicionales (del amor, la solidaridad gratuita, la no violencia...) ya no pueden ayudarnos dentro de este mundo. Son virtudes que pueden tener un valor interior, pero que no se pueden poner en práctica. Por eso es difícil que triunfen en la sociedad los verdaderamente cristianos... Y es difícil que los perdedores se mantengan como cristianos dentro de una sociedad que, llamándose todavía cristiana, al menos en parte, los margina.

Está el *cuarto mundo de los deficientes* (en plano psíquico, físico, etc.). De una forma más o menos adecuada, dentro de una sociedad que no se hallaba organizada de forma técnicamente competitiva, muchos de estos deficientes encontraban un lugar de equilibrio y vida en su ámbito familiar o social. Ahora ese equilibrio se ha roto. Se ha roto el entramado social y familiar donde había un sitio para los más débiles y ellos han venido a estar sin lugar sobre la tierra. Ciertamente, muchos de ellos reciben una ayuda técnica y social que antes no recibían. Pero aparecen como expulsados de una sociedad fundada en la producción y el consumo. Es difícil que puedan mantenerse como cristianos, si no tienen un contexto social que les acoja. Y difícilmente puede ser cristiana una sociedad que expulse de su seno a los más débiles.

Está el *cuarto mundo de los encarcelados, de las minorías peligrosas* que pudiéramos llamar «asociales» en un sentido extenso. Siempre han existido, pero ahora parecen más numerosos, dentro de una sociedad opulenta, que parece solucionar sus problemas económicos. Dentro de esta sociedad aumentan los asociales, los que no tienen lugar dentro de la máquina de producción y consumo. Es difícil que ellos se puedan sentir ligados al evangelio si es que una sociedad que se ha llamado cristiana no les ofrece lugar de realización.

3. Hay una marginación social de derrumbamiento humano.

En la línea anterior avanza eso que pudiéramos llamar el «derrumbamiento social» de los grupos de personas que no encuentran un lugar humano dentro de los «planes de desarrollo». Todavía en 1967, en su Encíclica *Populorum Progressio*, Pablo VI mostraba una visión esperanzada del progreso, llegando a decir en frase programática que *el desarrollo es el nombre nuevo*

de la paz (parte IV, núm 76). Esa frase sigue siendo verdadera en el sentido que le daba el Papa, pero la historia ha mostrado que ella es falsa en el sentido en que la entienden los pueblos de occidente (incluido España).

Los primeros en descubrir los defectos del desarrollismo han sido los teólogos de la liberación, mostrando que el desarrollo de occidente implica marginación para los países del tercer mundo. Pero ahora tenemos que destacar otra perspectiva: el tipo de desarrollo de los países industrializados está suscitando una forma de marginación humana cada vez más pronunciada, como nos dicen los mismos filósofos postmodernos: la misma mentalidad del progreso está produciendo unas secuelas de destrucción humana cada vez más profunda.

Están, en primer lugar, *los perdedores de siempre*, los aplastados de la vida: aquellos que no pueden seguir corriendo a la velocidad de los primeros, quedando derrumbados, al borde de la «marcha humana». Eso que hemos llamado «filosofía postmoderna» implica una mentalidad de «sálvese quien pueda» y goce quien sea capaz de gozar. Pero, al lado de los pocos triunfadores, hay cada vez más personas que no son capaces de gozar y de salvarse.

Ha crecido *la soledad*, no como lujo de algunos privilegiados, sino como destino de multitudes. La soledad de los que no encuentran sitio en un mundo cada día más cerrado, más competitivo.

La soledad puede convertirse en *angustia*. No es la angustia de los burgueses de hace 80 años que podían sentirse perdidos entre los avances sociales de entonces. Ahora se trata de una angustia generalizada, que se extiende a las masas, que lleva al cansancio de la vida, al derrumbamiento interno.

Una señal de esta soledad y angustia puede ser la *droga*: la búsqueda de soluciones exteriores para vivir, para seguir caminando. Parecen haberse roto los esquemas de una vida social en que muchos hombres y mujeres tenían un lugar para realizarse... Ahora, sin esos esquemas de vida compartida, son muchos los que parece que no tienen fuerzas para vivir. Evidentemente, ellos no se sienten vinculados al mensaje de la iglesia, pues no descubren presencia eclesial dentro de un mundo que se está desmoronando ante sus ojos.

4. *Exilados y refugiados.*

Este primer mundo en que vivimos ha suscitado en gran parte el problema de los refugiados (y exilados). La misma desigualdad económica, las ruptu-

ras sociales de los viejos países colonizados, hacen que una multitud de personas del tercer mundo quieran venir a trabajar y vivir al primer mundo. En un momento de euforia social se pensó que resultaba bueno reclutar mano de obra barata de los países menos industrializados. Ahora el problema se ha vuelto insostenible: el primer mundo sólo puede mantenerse cerrando de manera policial sus fronteras, para impedir que vengan en masa los pobres del resto del mundo.

Es injusto ese «cierre de fronteras»... y es injusta la vida que llevan dentro de los países ricos multitudes de exilados, refugiados y trabajadores de países del tercer mundo. Así viven o malviven (malmueren) en campos de trabajo y suburbios de las grandes ciudades ricas de occidente miles y millones de trabajadores de otra raza, religión y tierra.

II PLANO DEL JUZGAR. TABLA DE OPRESIONES.

Partiendo de la división anterior, quiero ofrecer ahora una *tabla de opresiones* de tipo social. Me fijo básicamente en el *primer mundo* occidental (de tradición cristiana), en el *segundo mundo*, actualmente bajo formas de organización marxista, y en el *tercer mundo* de tradición cristiana (especialmente en América Latina). Dejo a un lado el tercer mundo no cristiano, de Africa y de Asia, pues su estudio exigiría unos planteamientos sociales y religiosos distintos.

El esquema que aquí ofrezco es básicamente indicativo. En sentido estricto, más que «juzgar» quiero orientar para hacer así posible una lectura cristiana de la realidad. La evangelización cristiana no se puede desligar del análisis social, ni se puede entender en el vacío, como realidad que se desliga del proceso completo de la vida de los hombres. Por eso, las observaciones que siguen pueden valer como introducción general para el tema, en perspectiva no sólo española sino más universal.

1. *En el centro del primer mundo.* El primer mundo tiene un centro que aparece definido por las exigencias y principios del capitalismo liberal. Forman ese centro aquellos que controlan y dirigen los hilos económicos, políticos e ideológicos del mundo occidental. Externamente hablando, el poder se encuentra en manos de una *clase política*, elegida en forma democrática, en un campo de opciones bastante reducido (partidos liberales, conservadores y social-demócratas). Pero al fondo de esa clase política actúan otras clases y poderes que son, quizá, tan influyentes. Uno es el *poder económico* que,

en gran medida, se halla en manos de empresas y compañías multinacionales, que controlan prácticamente eso que suele llamarse la industria y comercio del mundo libre. Fuera de su influjo quedan solamente las pequeñas economías autárquicas o de subsistencia de los países más pobres de la tierra. Está en segundo lugar el *poder ideológico* que ya no es patrimonio de filósofos y sabios, al sentido antiguo, sino más bien de técnicos y científicos; ellos controlan la información y con la información dirigen y controlan el proceso industrial y comercial del mundo. Antes valían las materias primas (carbón, petróleo...). Ahora vale más la información científica. Por eso los países que son simplemente productores de materias primas se encuentran al borde de la bancarrota. Hay, finalmente, un *poder militar* que está al servicio de los poderes anteriores: depende de la ciencia y se emplea para defender una determinada economía de mercado (es decir, capitalista).

Ese centro del primer mundo está constituido básicamente por grupos y personas de tradición cristiana, aunque en él se incluyen también grupos de otras tradiciones (judíos, shintoístas japoneses, musulmanes o simplemente ateos). Pero estrictamente hablando ese centro no tiene religión; o, si así puede afirmarse, su religión es el dinero; son las leyes de un proceso económico que vienen a hacerse independiente de la vida y los valores de los hombres. ¿Qué se puede hacer en ese centro? Ante todo ofrecer el testimonio de una vida diferente, abierta a los valores de los pobres. Después hay que intentar que los cristianos verdaderos se desliguen de ese centro o quieran transformarlo, de manera que deje de ser foco de opresión para los pobres. Por eso, la redención mercedaria no se puede interpretar como un servicio que se hace a los «valores» (capitalistas) del llamado occidente cristiano; la verdadera redención quiere romper o desgarrar la red donde se asientan esos pretendidos valores.

2. *En la periferia o margen del primer mundo.* Conforme al análisis marxista, muchas veces repetido en los manuales escolares de la ortodoxia comunista, el mundo se divide en dos mitades: por un lado está el capitalismo burgués, dueño de los medios de la producción y de la misma plusvalía de lo producido; por otra parte está el proletariado que sólo dispone de la fuerza del trabajo, siendo así explotado por la burguesía capitalista. Este análisis resulta parcialmente verdadero, pero debe precisarse hoy con cuidado. Una parte considerable de esos que podríamos llamar obreros (empleados estatales, oficinistas, técnicos, etc.) han dejado de ser proletariado para convertirse en clase media, integrada en el sistema de producción y de valores del mismo capitalismo. Por eso, ellos se sienten vinculados al centro del primer mundo, con su comercio «libre», sus multinacionales, sus pactos militares,

etc. En este aspecto el análisis de Marx ha sido superado. Pero eso no quiere decir que no exista periferia en ese mundo; está formada por eso que algunos podrían llamar nuevo «lumpemproletariado»: obreros sin calificación laboral, parados, jubilados, minorías culturales, inmigrantes, exilados, etc. En un país intermedio como España esta periferia incluye una cuarta parte de la población total, unos 10.000.000 de personas que están en los límites de la pobreza y llegan a pasar necesidad, en medio de una mayoría que derrocha.

No sé si esta periferia aumenta realmente o disminuye, teniendo en cuenta la totalidad del mundo occidental. Sólo sé que ella padece una opresión especial por encontrarse viviendo en el centro de un mundo donde sobran bienes materiales. Sobran bienes, pero falta voluntad de compartirlos y solidaridad humana, en medio de un mundo que se dice formalmente cristiano. La presencia de la Iglesia, la presencia mercedaria debe explicitarse como gesto de solidaridad con ese resto marginado. Pienso que es ahí, entre los pobres de la tierra, donde puede renacer el cristianismo de occidente, enfermo de riquezas y de triunfos en el largo camino de su historia; es ahí donde los hombres pueden construir un nuevo tipo de unidad o comunión, a partir del evangelio. Frente a una Iglesia que quisiera presentarse todavía como poderosa e influyente en un nivel externo, esperamos el futuro de una Iglesia que vaya suscitando espacios de comunicación, de encuentro mutuo y vida liberada, desde el mismo nivel de periferia de la tierra.

3. *En el centro del segundo mundo.* Llamamos segundo mundo a los sistemas y estados que han surgido partiendo de una inspiración marxista, formando eso que suele presentarse como el Este o bloque comunista. Conforme a la ortodoxia del partido que domina en ese bloque, ya no existe en los países comunistas centro alguno: ha sido destruido el poder capitalista (de una clase) y en su puesto se ha elevado el poder universal de los obreros (del proletariado) que gobierna y planifica para bien de todo el pueblo, más aún, para bien de todo el mundo, es decir, de todos los proletarios que viven en la tierra.

A pesar de esa retórica de universalismo, los países comunistas han venido a segregar un nuevo centro de carácter burocrático, impositivo, dogmatizante, de tal forma que *la dictadura del (de todo el) proletariado* se ha venido a convertir en una especie de *dictadura sobre el proletariado*. De esta forma se repiten, casi miméticamente, eso que llamábamos las «clases» o castas dominantes del primer mundo. La *casta política* accede al poder por métodos de liderazgo interno y de control sobre el partido, en caminos que no

suelen resultar del todo transparentes. Esa casta no es dueña del *poder económico*, pero lo dirige y lo controla, de manera que puede gozar de sus beneficios. De algún modo podemos afirmar que el poder originario es de *tipo ideológico*: los dirigentes del partido y del gobierno se sienten portavoces de la ortodoxia marxista-leninista que se acepta (impone) como interpretación científica de la realidad. De todas formas, igual que en occidente, al lado de la ortodoxia filosófico-política del marxismo va surgiendo una especie de *ideología tecnocrática* que tiende a dirigir la marcha real del estado, que va adquiriendo rasgos cada vez más militares: para defender eso que llaman el universalismo obrero, los estados comunistas han edificado una especie de *cúpula militar* que parece dirigir realmente el conjunto del sistema.

¿Qué se puede hacer ante ese centro de poder que es el sistema comunista? Quizá sólo dos cosas: mostrar de un modo experiencial el valor de la libertad del hombre, que no puede diluirse en ningún tipo de sistema; mostrar que el ideal de elevación y libertad de los obreros (proletarios) no se puede conseguir por medio de una dictadura. Habrá que mostrar que los estados comunistas, como tales, han debido renunciar a sus primitivos ideales de solidaridad y de justicia. En ese aspecto pienso que los dirigentes del partido y del estado (eso que se suele llamar nomenklatura del sistema) deberían reconocer su fracaso histórico no sólo en el campo económico (que es claro), sino también en los niveles de ideal de liberación de los proletarios. En esta línea debe ayudarles y estimularles el testimonio liberador y solidario de los auténticos cristianos.

4. *En la periferia del segundo mundo.* Oficialmente, los sistemas comunistas se han impuesto para garantizar la libertad y progreso de las masas pobres (proletarios). En algún sentido debemos afirmar que lo han logrado: las diferencias sociales no son tan llamativas como en occidente, hay menos paro (aparente), menos marginados. Pero quizá debemos añadir que esa mayor igualdad se ha conseguido a través de una opresión mayor de todos los miembros del sistema. Por ahora el comunismo no ha logrado producir un nuevo tipo de hombre libre, creador y solidario, que vive en armonía gozosa con los otros hombres y mujeres de su pueblo. Tenemos la impresión de una gran masa de miembros de eso que podríamos llamar el «paraíso comunista» que sigue viviendo bajo un signo de opresión, de dictadura: acepta el sistema como algo que está impuesto, no lo acoge, no lo vive y goza desde dentro.

En la raíz de esta opresión se encuentra, entre otras cosas, la ruptura religiosa. El marxismo se ha presentado como ideología totalizante que resuelve todos los problemas del hombre y sustituye (supera para siempre) los an-

tiguos ideales y cultos religiosos: De hecho ha suscitado un tipo de hombre triste que no acepta ya los ideales de la «gran marcha» de liberación que propugnaba antes y vive ahora bajo la opresión del gran sistema: bajo la fatalidad cósmica, bajo el control del estado y del partido que regula toda su existencia.

Ciertamente, en estos últimos años, casi todos los estados comunistas han suavizado la legislación y la actitud anticristiana (antirreligiosa) del principio. Los ciudadanos pueden asumir y cultivar, en forma privada, sus cultos religiosos. ¿Qué vendrá a pasar en el futuro? Resulta extraordinariamente difícil hacer predicciones. Durante bastante tiempo las cosas seguirán como hasta ahora: el mundo se encuentra dividido en dos grandes bloques militares y así vendrá a encontrarse en el futuro. Quizá debamos afirmar que, en algún modo, ese enfrentamiento es bueno. Hubiera sido peor el triunfo mundial del capitalismo, imponiendo en todas partes sus principios de competencia y lucha mercantil. Tampoco hubiera sido positivo el triunfo total del comunismo, imponiendo en forma ilimitada sus principios. La división actual nos parece positiva: los hombres no estamos preparados todavía para una vida de unidad, pues esa vida vendría impuesta desde arriba. Por eso es mejor que existan y se enfrenten dos sistemas, como signo de la pequeñez y fragilidad de todos los esquemas de poder que los hombres forjan sobre el mundo.

Por eso, a nuestro juicio, el mayor fracaso del marxismo está en su periferia: no ha logrado entusiasmar a los más pobres del sistema; no ha dejado que exista libertad entre sus miembros; ha querido cortar toda experiencia religiosa ¿Qué ha surgido al fin? Un tipo de humanidad que sigue sufriendo y que tiene el alma abierta para una experiencia religiosa que será, probablemente, más profunda que las anteriores.

5. *En el centro del tercer mundo cristiano.* Nos referimos de una forma especial a los países de América Latina y les llamamos «tercer mundo cristiano» en contraposición a otros países de África o de Asia donde la presencia cristiana no es tan fuerte. Son países que se encuentran influidos de manera más directa por el capitalismo de Occidente y de forma especial por los Estados Unidos. Han estado gobernados hasta hace pocos años por una oligarquía agraria y comercial (a veces minera) vinculada a los grandes intereses de Occidente. En estos últimos años las cosas han cambiado de manera poderosa. Por un lado ha influido *el gran cambio económico*: países que hasta ahora vivían en un tipo de autarquía agrícola han querido emprender grandes obras de industrialización y han fracasado; el país se ha empobrecido,

contrayendo una deuda externa que es incapaz de pagar; una gran parte de sus habitantes han empezado a pasar hambre. En medio de esos cambios han ido surgiendo tres o cuatro grupos definidos de personas que podemos llamar «centro» de ese tercer mundo cristiano.

Un primer centro es el que forma (sigue formando) la *oligarquía* agraria, comercial o industrial del país, vinculada a capitales extranjeros. Esta es una oligarquía extraña a la gran masa de la población: forma una especie de estado dentro del estado, una clase especial que sigue viviendo y se enriquece a costa (o por encima) de la miseria del conjunto.

Otro es el centro que forman los *poderes militares*, normalmente ligados con esa oligarquía, aunque algunas veces defiendan ideales de carácter populista (hasta izquierdista). Ellos representan y defienden un principio de «seguridad nacional», sintiéndose guardianes (defensores) de las esencias permanentes de la vida patria. Una y otra vez han asumido el poder en forma de dictadura, pero siempre han fracasado. Pues bien, a pesar de su fracaso, ellos siguen siendo los representantes de una especie de poder «autónomo», que planea por encima del país y se aprovecha de gran parte de su riqueza.

Hay en tercer lugar un centro que pudiéramos llamar *revolucionario* que suele estar formado por intelectuales de izquierda que buscan una especie de revolución marxista para América Latina. A veces han llegado a triunfar en su empeño, permaneciendo en el poder (Cuba); pero casi siempre han fracasado, por la oposición de los militares, por el influjo de las oligarquías locales (ayudadas por Estados Unidos) y por la misma religiosidad del pueblo que suele rechazar en general las imposiciones del marxismo.

¿Qué es lo que la Iglesia puede ofrecer en ese «centro» del tercer mundo cristiano que es América Latina? ¿Qué puede aportar la Orden de la Merced? Por lo menos una cosa: el testimonio de la fraternidad; el ideal evangélico de la justicia de Dios que está abierta hacia los pobres de la tierra; la ayuda directa hacia los pobres que sirve a la vez como denuncia frente a los poderes del sistema. Todo eso aparece como una transformación (o revolución, si se prefiere) que proviene de la misma raíz del evangelio.

6. *En la periferia del tercer mundo cristiano.* Está es la periferia de una mayoría de cristianos que han vivido una fe—religiosidad tradicional, ligada al orden cósmico y también al sufrimiento humano. Pues bien, esa mayoría ha entrado en crisis muy profunda. Sabe, por un lado, que *su viejo equilibrio social ha terminado*: ahora vive en la incertidumbre de un futuro muy

amenazado y en el dolor intenso de un presente concebido como opresión y cautiverio. También *su fe se ha vuelto muy distinta*: es fe que debe expresarse en un profundo compromiso de justicia o que, al contrario, tenderá a perderse en medio de los cambios e injusticias del futuro.

En esta situación, que ahora no podemos describir mejor, las grandes masas de la población cristiana de América Latina se saben y se sienten cautivas: ellas son objeto de una historia que hacen otros, son como un desecho de una sociedad central (americana, occidental) que busca otros caminos de triunfo y bienestar materialista: pues bien, ahora pretenden ser sujeto de su propia historia, portadoras de un camino de esperanza de futuro. Y para ello cuentan con diversas clases de motivación, de ayuda, entrega y solidaridad humana; entre ellas la más importante viene a ser la Iglesia.

La Iglesia ofrece una conciencia de dignidad, de libertad, futuro y comunión a grandes masas pobres de América Latina. Partiendo de Marx se ha dicho que la religión ofrece una conciencia de libertad ilusoria, es una especie de «adormidera» que hace soñar, pero mantiene sometido al pueblo. Pues bien, esa visión resulta falsa en América Latina: la Iglesia católica no es opio sino conciencia de libertad y garantía de futuro—justicia en medio de una tierra donde no se valora ya la libertad ni se espera en el futuro.

Dos son los medios principales de presencia de la Iglesia, dos son las tareas de carácter mercedario en ese campo tan extenso de América Latina. a) Por un lado, *ella mantiene el ideal*: ofrece una esperanza activa de futuro a los hombres que parecen condenados a un presente perdurable de injusticia y sumisión; ella es protesta contra todo tipo de injusticia, es garantía de un camino de solidaridad que ha de empezar a trazarse en concreto desde ahora. b) Por otro lado, la Iglesia *ofrece signos muy concretos* de ayuda y solidaridad abierta hacia los pobres. Ella no pretende tomar el poder y hacerse dueña material de los destinos (económicos, sociales, políticos) del pueblo. Por eso se mantiene siempre como levadura: es un fermento de esperanza y transformación, un acicate y un consuelo en medio de la realidad difícil en que viven los hombres y mujeres de la tierra. Por eso, en línea de Jesús, va suscitando signos que pueden ser pequeños, pero que han de ser muy significativos de justicia y solidaridad: por su forma de educar a los más pobres, por su presencia en los lugares de opresión, por su forma de vivir y celebrar el culto, como canto anticipado de la libertad de Cristo que triunfa de la muerte y resucita para ofrecer liberación a todos los perdidos, oprimidos de la tierra, etc.

III. PLANO DEL ACTUAR. EL COMPROMISO CRISTIANO.

A partir de las observaciones anteriores, el compromiso de evangelización de la Iglesia viene a inscribirse en una clave de presencia y testimonio social, a la luz de **Mt** 25,31-46. Antes de la palabra explícitamente misionera de **Mt** 28,16-20, centrada en el anuncio del evangelio, está el gesto de ayuda al necesitado: dar de comer al hambriento, de beber al sediento, acoger al exilado, visitar al enfermo y encarcelado. En esta línea pueden resaltarse los aspectos que ahora siguen:

1. *Pastoral liberadora.*

La opción liberadora constituye un elemento integrante de la vida de la Iglesia que asume las exigencias de **Mt** 25,31-46 en línea de ayuda a los más pobres y de solidaridad con todos los que se encuentran oprimidos.

Esta pastoral liberadora se puede realizar a través de todas las obras eclesiales: catequesis, vida parroquial, obras misioneras, etc. En todos estos casos viene a resultar prioritario el gesto de ayuda a los más necesitados. La misma pastoral se convierte en gesto liberador, al servicio del hombre, tal como lo han desarrollado de manera expresa Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*. Fundados en ese documento, podemos dejar el tema así esbozado, sin desarrollarlo más.

2. *Cultura de liberación.*

Ciertamente, la Iglesia no es una asociación cultural que promueve solamente el mayor conocimiento de la ciencia del hombre sobre el mundo. Ella es testimonio de la pascua y la esperanza de Jesús sobre la tierra. Pero «una fe (cristiana) que no llega a convertirse en cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida» (Juan Pablo II, *Discurso en la Univ. de Madrid*, en *Mensaje de Juan Pablo II a España*, Ed. Católica, Madrid 1982, 94).

Por eso, la experiencia de liberación ha de convertirse en principio cultural: es como un acicate que nos obliga a pensar con más hondura, nos obliga a pensar con más profundidad los principios y exigencias de la vida cristiana sobre el mundo.

A partir de la liberación de Cristo, asumida como principio de transformación para los hombres, han de interpretarse y repensarse los fundamentos

de la antropología y sociología, de la política y la praxis económica. El evangelio se transforma de esa forma en una nueva *cultura de liberación* al servicio de la madurez plena del hombre.

3. *Asistencia liberadora.*

A partir de **Mt 25,31-46**, los cristianos hacen presente el misterio de Cristo en un gesto de liberación abierto a todos los necesitados. En esta perspectiva, más que oponerse a la estructura de injusticia del mundo, lo que importa es socorrer humanamente al oprimido. Antes del cambio de estructuras está la ayuda al hombre en cuanto tal.

Parece que en esta perspectiva se pueden entender las palabras de Jesús en **Lc 4,18**: las obras de asistencia (abrir los ojos a los ciegos, liberar a los cautivos, etc.) no quieren transformar externamente el mundo, pero ayudan a los que están necesitados de un modo concreto. El amor gratuito dirigido a los más necesitados viene a convertirse en signo de Cristo sobre el mundo.

4. *Transformación estructural.*

Pero, en un momento dado, la asistencia a los necesitados no resulta suficiente. Jesús mismo va curando a los enfermos y oprimidos de su entorno, pero, al mismo tiempo, les anuncia el gran cambio de estructuras: la transformación radical del mundo, en dirección al reino. En este aspecto, la misión concreta de Jesús sólo puede entenderse desde el fondo de la liberación total de la humanidad.

En línea semejante, la liberación que ofrece la Iglesia cristiana en campo social ha de encontrarse abierta a una transformación total de las estructuras. Los pequeños cambios asistenciales, que siguen siendo importantes, sólo adquieren todo su sentido en la medida en que se encuentran abiertos hacia el cambio estructural de la humanidad. Así lo presupone la misma Congregación para la Doctrina de la Fe cuando define la *liberación temporal* como «el conjunto de procesos que miran a procurar y garantizar las condiciones requeridas para el ejercicio de una auténtica libertad humana» (*Libertad cristiana y liberación*, del año 1986, núm 31).

Los cristianos no se pueden contentar con una labor sencillamente asistencial, ayudando a los más necesitados (sea del primero, del segundo, del tercero o del cuarto mundo). Ellos actúan por Cristo y desde Cristo porque quie-

ren transformar las mismas condiciones sociales de la humanidad en su conjunto, dirigiéndolas hacia el misterio del reino.

Ciertamente, ese compromiso de liberación integral no se puede realizar con formas de violencia exterior, conforme al sistema de la opresión capitalista o marxista. Los cristianos saben que la gran transformación de la humanidad sólo se puede realizar en ámbito de gracia: como don abierto hacia los hombres. Pero esa gracia y ese don implican un cambio total de estructuras, de manera que se supere tanto el capitalismo impositivo como un socialismo estatalista y dictatorial.

5. *Breves conclusiones.*

A partir de aquí podemos trazar algunas breves conclusiones, que presentamos como un sencillo *diccionario de la libertad*.

a) *Ser libres.* La libertad personal es gracia: descubrimos que la vida es un don y como don la recibimos, en actitud agradecida y gozosa. Pues bien, la forma concreta de agradecer la vida es asumirla y realizarla, de manera responsable, en transparencia interior, en gozo profundo, sin opresiones ni violencias exteriores. Asentados en esta libertad *podemos ser creyentes*: aceptamos la vida de Dios como gracia y gratuitamente respondemos, haciéndonos humanos.

b) *Compartir la libertad.* Como acabamos de indicar, la libertad implica gracia: somos libres porque el mismo Dios nos ha ofrecido y regalado la existencia. Pues bien, desde ese fondo de gracia que nos vuelve responsables (es decir, capaces de responder) descubrimos que la libertad también se ofrece, se acoge, se comparte en plano humano. Para ser libres debemos «dialogar» la libertad, en un nivel comunitario. Encerrado en sí mismo, en tarea de auto-realización aislada, el hombre se destruye. Sólo en comunión abierta a los demás expresa su verdad y se libera. Pues bien, en ese plano vuelve a ser fundamental la apertura a la creencia: de una forma estricta, los cristianos sólo podemos creer en Dios cuando creemos (nos amamos) los unos a los otros.

c) *Comunicar la libertad.* Hay hombres que, por circunstancias especiales, no han podido o no han querido cultivar su libertad. Viven aplastados por la vida o se aplastan ellos mismos, entrando así en un túnel o vacío donde les domina el miedo interno y a veces también el odio o resentimiento externo. Son peronas que quizá no pueden llegar en circunstancias normales al

espacio de libertad. Por eso es necesario ofrecerles una ayuda en ese campo: el testimonio de una amistad desinteresada, la cercanía personal, un apoyo psíquico, afectivo, etc., etc. La libertad sólo crece y se expande allí donde los hombres, gratuita y afectuosamente, comunican experiencia de amor y libertad acompañando a los demás en su camino.

d) Liberar. Hay veces que no basta ese apoyo y cercanía humana; es necesario un tipo nuevo de asistencia y ayuda de conjunto que cambie las mismas estructuras de la vida, de manera que permita realizarse al otro como libre. En este aspecto, la palabra liberar tiene dos rasgos: por un lado, en el sentido negativo, implica que no pongo resistencia a los demás, no les impido vivir y realizarse como libres; por otro lado, en un sentido positivo, implica que me esfuerzo por abrir para los otros un espacio de existencia donde puedan realizarse como libres. En este plano les ofrezco, para ello, un tipo de asistencia económica, social o cultural que les permita desplegarse y ser humanos.

e) Esperar la libertad. La libertad es gracia que se ofrece y se comparte desde ahora, en medio del camino de la vida. Por eso, siendo gracia, no puede impedirse a los demás de una manera coactiva: no se puede exigir con métodos de fuerza, ni tampoco se puede construir con técnicas de ciencia, con proyectos políticos y sonos de revolución. Ciertamente, es necesario un tipo de revolución que nos permita repartir mejor los bienes de la tierra; son preciosos, imperiosos, los proyectos de la economía y la política, poniéndose al servicio de los hombres; resulta muy valiosa la aportación de la ciencia, que nos capacita para conocer y dirigir mejor el mundo en que vivimos. Pero, al fin de todo, la libertad sigue siendo un misterio de gracia que debemos amar y compartir con humildad, en esperanza jubilosa de futuro.

f) Cristo liberador. En esta perspectiva podemos terminar hablando del «Cristo de la libertad». Este es el Cristo que por un lado aparece como oprimido entre los oprimidos y por otro como liberador de todos los hombres y mujeres que padecen opresión sobre la tierra.

El mismo Cristo se ha encarnado en la miseria de este mundo, en el hambre de los hambrientos, en la opresión de los oprimidos. Es el Cristo que sufre desde la creación del mundo (de la humanidad) en la injusticia y sufrimiento de una humanidad que se encuentra aplastada sobre el mundo.

Este es, al mismo tiempo, el Cristo que actúa como redentor en medio de los hombres. No se limita a ofrecer en signos sacramentales y sagrados la novedad de la pascua; se introduce como «pascua de libertad» en el mismo camino de liberación de los hombres, de manera que la acción liberadora viene a convertirse en signo y plenitud del evangelio sobre el mundo.